

## EL LÉXICO DE GRUPOS POLÍTICOS EN LATÍN: PROBLEMAS Y MÉTODOS

J. A. Enríquez

El estudio del léxico se ha convertido en uno de los objetivos prioritarios de la lingüística moderna y las obras de semántica y lexicología se han multiplicado en los últimos decenios de forma extraordinaria.

El léxico político no ha quedado al margen de este interés, tanto en las lenguas modernas como en las lenguas clásicas. Hay que destacar las obras y aportaciones de la escuela francesa y de los investigadores agrupados en torno a la revista *Cahiers de Lexicologie* y los trabajos de G. Matoré, J. Dubois y J. P. Faye como representantes significativos<sup>1</sup>.

En el caso de la lengua latina, junto a monografías y estudios dedicados exclusivamente al léxico político, como las de J. Hellegouarch, E. Knierim, U. Paananen, H. Drexler, K. Hannell<sup>2</sup>, hay que destacar un conjunto de obras, como las de L. Ross Taylor, J. Béranger, R. Syme, C. Nicolet<sup>3</sup>, que, interesados por problemas históricos e ideológicos, dedican apartados importantes al estudio del léxico.

<sup>1</sup> G. MATORÉ. *Le vocabulaire et la société sous Louis-Philippe*, París, 1951, IDEM. *La méthode en lexicologie*, París, 1953; J. P. FAYE. *Langages totalitaires*, París, 1973; J. DUBOIS. *Le vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, París, 1962.

<sup>2</sup> J. HELLEGOUARCH. *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*, París, 1963; E. KNIERIM. *Die Bezeichnung «dux» in der politischen Terminologie von Cicero bis Juvenal*, Diss. Giessen, 1939; U. PAANANEN. *Sallust's politico-social terminology*, Helsinki, 1972; H. DREXLER. «Principes, princeps», *Mazs*, 10, 1939, pp. 243-280; K. HANNELL. «Bemerkungen zu der politischen Terminologie des Sallustius», *Eranos*, 42, 1945, pp. 32-63.

<sup>3</sup> L. R. TAYLOR. *Party politics in the age of Caesar*, Berkeley, 1964; J. BÉRANGER. *Recherches sur l'aspect idéologique du Principat*, Basel, 1953; R. SYME. *Roman Revolution*, Oxford, 1939; C. NICOLET. *L'ordre équestre à l'époque Républicaine*, París, 1966.

La preocupación de estos últimos investigadores y de otros muchos, que harían la lista interminable, no es tanto analizar el léxico político y precisar su valor y su significado desde un punto de vista lingüístico, como mostrar las relaciones del léxico y la historia y averiguar hasta qué punto el conocimiento del vocabulario político nos puede servir para conocer mejor la Historia de Roma. Esta finalidad la expuso con claridad C. Nicolet en el Congreso de Lexicografía Política y Ciencias de la Antigüedad. «En d'autres termes, pour moi, l'objet d'une lexicographie politique n'est pas de reconstruire une histoire des mots de nature politique (ce qui doit légitimement intéresser le linguiste), mais au contraire d'éclairer, par l'usage qu'elle faisait des mots de tous ordres, l'histoire politique»<sup>4</sup>.

La tarea es difícil, como señala el propio Nicolet, ya que las relaciones entre lengua e historia son complejas y la conexión entre significado y significado es tan débil que puede hacernos dudar del propio método<sup>5</sup>.

Para una resolución acertada del problema es necesaria la colaboración del lingüista y del historiador, y todo análisis del léxico político debe partir de un conocimiento de la historia de ese período y de las realidades designadas por los términos.

Con esta afirmación nos adentramos ya en problemas metodológicos y vamos a formular algunos principios que, creemos, deben inspirar toda investigación de este tipo de léxico y que hemos intentado explicar en nuestro estudio.

#### *a) Necesidad de conocer la realidad designada*

Algunas escuelas lingüísticas creen que la lingüística debe ser una ciencia autónoma y debe prescindir, para su constitución como ciencia, de todo elemento no lingüístico y por ello de las realidades designadas por las palabras y de la experiencia. Esta postura la defienden entre otros D. Slatka<sup>6</sup> y los formalistas puros.

Son muchos más los investigadores que piensan que para conocer el

<sup>4</sup> C. NICOLET, «Lexicographie politique et histoire romaine: problèmes de méthode et directions de recherches», *Atti del Convegno sulla Lessicografia politica e giuridica nel campo delle Scienze de l'Antichità*, Torino, 1980, p. 25.

<sup>5</sup> J. BÉRANGER, op. cit., pp. 32 y 33. Plantea con claridad este autor las relaciones entre los términos y la realidad.

<sup>6</sup> D. SLATKA, «Esquisse d'une théorie léxico-sémantique, pour une analyse d'un texte politique», *Langage*, 23, 1971, p. 95.

valor exacto de las palabras hay que recurrir a la realidad designada, que, extralingüística o no, el lexicólogo no puede ignorar. Tal es la opinión de A. Meillet, P. Guiraud, S. Ullman, E. Arcaïni, J. Dulois, G. Matoré y un largo etcétera.

Me parecen cargadas de razón las siguientes palabras: «los hechos lingüísticos no tienen explicación coherente si encerramos la lingüística en un fanal y menos cuando estos hechos se refieren a una parcela de la lengua como es el vocabulario»<sup>7</sup>. La misma idea defiente también X. Mignot, nada sospechoso de sociologismo: «Il est très certainement impossible d'étudier le plan de signifiés hors de toute référence à la substance sémantique»<sup>8</sup>.

Esta necesidad de recurrir a la realidad designada por las palabras es especialmente fuerte cuando se trata, como es nuestro caso, de términos políticos cuyo valor referencial es muy marcado. No se puede analizar el léxico político, ni siquiera desde un punto de vista lingüístico y semántico, sin conocer la historia del período en que se escriben las palabras y desconociendo las realidades concretas a que los términos hacen referencia.

#### *b) Delimitación cronológica*

El estudio del léxico debe reducirse a espacios de tiempo relativamente pequeños. La noción de estado de lengua se confunde con una época determinada, con unos límites temporales. Las palabras evolucionan y cambian de significado, como también cambian los contextos históricos y sociales. Por ello el análisis del léxico político debe reducirse a espacios de tiempo breves, como ceteramente afirma J. Dubois: «Mais l'étude de cet ensemble structuré ne peut se faire qu'à un moment de temps, les associations et les oppositions que réunissent les différents éléments se modifient constamment»<sup>9</sup>.

Ideas similares mantiene también C. Nicolet cuando afirma que hay que limitar de diversas formas el campo lexical en función del contexto histórico y político. Se puede dar, afirma el mismo autor, un «vocabulario político» o de «partidos», a condición de precisar muy claramente pa-

<sup>7</sup> M. A. REBOLLO TORIÓ, «Historia y Lenguaje» en Tuñón de Lara: *Historiografía española contemporánea*, Madrid, 1980, p. 275.

<sup>8</sup> X. MIGNOT, «Les notions d'homonymie, synonymie et de polysemie dans l'analyse ensembliste du signe», *B.S.L.*, París, 77, 1972, p. 4.

<sup>9</sup> J. DUBOIS, op. cit., p. 6.

ra qué época, para qué tipo de documentos y, en última instancia, para qué ideología o actividad política<sup>10</sup>.

Destaca también en estas líneas C. Nicolet un aspecto interesante: la posición ideológica o partidista de los documentos y de las obras que se analizan. El léxico político nunca es neutro ni aséptico y la definición política de las fuentes debe tenerse presente. También en el léxico latino esto es de gran importancia, aunque difícil de aplicar, porque las opciones políticas no estaban bien definidas.

### *c) Estudio por campos léxicos*

Los términos de la lengua no pueden estudiarse de forma aislada e individualmente. Después de F. de Saussure se reconoce unánimemente que la lengua es una estructura y que cada elemento se define por su relación con los demás.

No ignoro las dificultades de los trabajos estructurales en el terreno del léxico, si exceptuamos algunos campos concretos, y la imposibilidad de aplicar los principios estructurales en este dominio, como reconocen muchos y prestigiosos lingüistas. La estructuración del vocabulario es difícil en muchos campos, pero especialmente en aquellos que tienen un fuerte contenido referencial, como es el político.

Ello no supone que debamos abandonar por completo el método estructural y que no puedan agruparse los términos relacionados y estudiarse conjuntamente. Por ello los vamos a llamar campos léxicos, entendidos como el conjunto de términos relacionados por su significado. Un estudio de esta forma nos ayuda a marcar las diferencias entre los términos y a precisar su significado.

### *d) Delimitación del campo léxico*

Admitida la necesidad de estudiar el vocabulario por medio de campos, surge el problema de la elección y determinación de los mismos. El conjunto del léxico político es excesivamente amplio y comprende un gran número de términos, ya que se puede extender a muchos aspectos de la vida. Por ello se impone la elección de un campo concreto, reducido y en una época determinada. Esta elección y determinación tiene

<sup>10</sup> C. NICOLET, art. cit., p. 32.

fundamentos objetivos y no se pueden razonar por completo, como claramente afirma J. Dubois<sup>11</sup>.

### Léxico de grupos políticos a fines de la República

Los límites cronológicos de nuestro estudio vienen marcados por dos fechas importantes, la abolición de la constitución de Sila y el inicio de la Guerra Civil entre César y Pompeyo. La primera de estas fechas podría iniciarse con la muerte del dictador, pero creo que se consolida en el consulado de Pompeyo y Craso, el año 70, especialmente con la restauración del tribunado de la plebe con todos sus derechos.

Creo que en estos años se dan en la sociedad romana unas condiciones especiales, muy distintas de la época anterior y posterior, que aconsejan estudiar el léxico político de este período de forma aislada.

Estas condiciones pueden resumirse en la aparición de los grupos políticos, con unos programas más o menos definidos, y una propaganda con fines electorales. También es una época de grandes tensiones políticas.

Es evidente que en épocas anteriores ya existieron asociaciones electorales, pero eran coyunturales y basadas en razones de amistad, relaciones personales o intereses concretos, y no en diferencias políticas.

La existencia de estos grupos, que intencionadamente no llamo «partidos», queda demostrada por los testimonios de autores antiguos y por el reconocimiento general de muchos historiadores e investigadores modernos<sup>12</sup>.

Estos grupos empiezan a surgir después de la destrucción de Cartago y durante el período de reformas propuestas por los hermanos Graco. Pero la derrota de los simpatizantes o partidarios de éstos, con su casi total destrucción, y las anómalas circunstancias de la época de Mario y Sila, con la dictadura de este último, impidieron que se desarrollaran y se consolidaran; por ello creo que es a partir del año 70 cuando empiezan a florecer y transformar la realidad política romana.

También me parece claro que después del año 50, con la Guerra Civil, el gobierno de César y la formación del segundo triunvirato, ya no se puede hablar de verdadera vida política ni tampoco de los grupos o par-

<sup>11</sup> J. DUBOIS, op. cit., p. 7.

<sup>12</sup> SALL. *Iug.* 41; CIC. *Sest.* 96; T. MOMMSEN, *Histoire Romaine*, Bruxelles, 1865, 4, p. 323; L. R. TAYLOR, op. cit., p. 12; J. HELLEGOUARCH, op. cit., p. 100 y ss.; M. GELZER, *Cæsar, der Politiker und Staatsman*, Wiesbaden, 1960, p. 24.

ticos. Por ello los límites cronológicos vienen marcados por dos acontecimientos importantes y el período se extiende desde el año 70 al 50. Ello no quiere decir que no puedan utilizarse los datos que nos proporciona Salustio, aunque escriba después del año 50, porque vivió en este mismo período y fue protagonista de algunos de los hechos más significativos.

Sí creo, por el contrario, que los testimonios de Veleyo Patérculo y de Valerio Máximo y de otros historiadores de la época del Imperio deben ser utilizados con mucho cuidado a la hora de analizar el léxico de esta época y no se pueden sacar conclusiones sobre la aplicación en este período.

Antes de introducirnos en el análisis de los términos, quiero señalar que la aparición de estos grupos, con sus programas y su propaganda, fueron un factor decisivo en el desarrollo y enriquecimiento del léxico político. Creo que sólo la existencia de grupos políticos, con opciones diferenciadas y elecciones libres, son el marco de una verdadera vida política y por ello de un léxico vivo, variado y rico. La falta de estas condiciones lleva al totalitarismo y a la pobreza y carencia de un auténtico léxico político.

Al estudiar el léxico de los grupos políticos nos encontramos con una dificultad y es el escaso conocimiento que tenemos de los mismos y de su funcionamiento. El contenido de los términos que los designan no puede precisarse con exactitud ya que no conocemos bien las realidades a que se refieren y, a la vez, los propios términos son uno de los recursos principales para conocer los propios grupos.

Yo creo que la característica fundamental de estos grupos, que es la que los diferencia sustancialmente de los partidos modernos, aparte de aspectos técnicos y organizativos, es el escaso número de sus componentes y la pertenencia de éstos a los grupos dirigentes de la sociedad y de la vida política. Serían por tanto grupos o partidos únicamente de cuadros, de élites, por hablar en términos actuales.

Los dos términos que designan estos grupos son *factio* y *partes*. Entre ellos existen claras diferencias semánticas y de contenido, pero las diferencias esenciales, en mi opinión, radican más en las connotaciones que adquiere cada uno de ellos y en la utilización «partidista».

El término *factio* originariamente tenía un sentido positivo, aunque pronto adquirió connotaciones peyorativas, como afirma Festo Paulo<sup>13</sup>. Cuando se introduce en la vida política, tiene ya un contenido totalmen-

<sup>13</sup> FESTUS, p. 76: *Factio et factiosus initio honesta uocabula erant (...) modo autem factionis seditio et arma uocantur.*

te negativo, como reconocen Cicerón y Salustio y modernamente L. Ross Taylor<sup>14</sup>.

Originariamente, como afirma Nonio, significaba opulencia, abundancia y nobleza y por ello tiene algunas veces un significado próximo al de influencia, poderío, *potentia*, como afirma R. Seager<sup>15</sup>; empieza por ello a designar grupos de aristócratas o de ricos, en el terreno político a los *optimates* y con este valor aparece en los fragmentos de Cayo Graco y en las obras de César y de Salustio.

Este término es bastante frecuente en el último historiador, en Salustio, y designa al grupo de nobles que controla el Senado. Este grupo se caracteriza, en opinión de Salustio, por ser reducido y cohesionado, apoyado en las riquezas y porque pretende el control del Estado. Por ello aparece coordinado y relacionado con *paucorum*, *potentia* y *dominatio*.

Como afirma L. Ross Taylor, es un término empleado por César y dos de sus partidarios para cargar de oprobio a los hombres de la nobleza y a los que se llamaban *boni*. La palabra daba a entender que el grupo es una oligarquía<sup>16</sup>.

Por ello creo que el término aparece cargado de connotaciones negativas, sirve para desprestigiar a los adversarios políticos y es un término partidista. Como afirma A. Bartole es un slogan propagandístico contra la oligarquía<sup>17</sup>.

Por todas estas razones Cicerón utiliza muy poco este término para designar a grupos romanos. Sí lo utiliza para los grupos extranjeros de carácter oligárquico y sólo una vez para referirse a un grupo de su época, concretamente al primer triunvirato y no al partido de César, como parece indicar J. Hellegouarc'h<sup>18</sup>.

*Partes*, como señala L. Ross Taylor<sup>19</sup>, es el término utilizado regularmente por Cicerón para designar los partidos. Sirve tanto para grupos aristocráticos como de la plebe y sus líderes son Mario, Sila, Sertorio y

<sup>14</sup> L.R. TAYLOR, op. cit., p. 9; SALL. *lug.*, 31 *Haec inter bonos amicitia, inter malos factio est; CIC. Rep.*, 3, 23 *eum certi rem publicam tenent, est factio, sed uocantur illi optimates.*

<sup>15</sup> (...) *significat opulentiam, abundantiam, nobilitatem.* R. SEAGER, «Factio: some observations» *J.R.S.* 62, 1972, p. 53, expone la evolución del término y su paso a indicar grupo de influencia y poderío.

<sup>16</sup> L.R. TAYLOR, op. cit., p. 10.

<sup>17</sup> A. BARTOLE, «Ussi e valoti del termino factio alla fine della età repubblicana», *Bull. di studi latini*, 5, 1975, pp. 3-12.

<sup>18</sup> J. HELLEGOUARC'H, op. cit., p. 103. Nos parece más acertada la opinión de R. Saeger, art. cit., p. 53.

<sup>19</sup> L.R. TAYLOR, op. cit., p. 10.

César<sup>20</sup>. Este término no tiene connotaciones positivas ni negativas y lo emplea Cicerón tanto para sus adversarios como para grupos afines a su postura política.

En Salustio *partes* tiene un valor muy general y designa los dos grandes bloques en que se dividió el pueblo romano, especialmente después de los Graco. En alguna ocasión va unido al adjetivo *populares* o al genitivo *populi*<sup>21</sup>. Para el grupo de la nobleza o del Senado siempre utiliza *factio*, cargado de connotaciones negativas como hemos dicho.

Al margen de estos aspectos peyorativos, distintos en ambos términos, creo que en Salustio puede observarse una diferencia importante entre *factio* y *partes*. El primero designa un grupo pequeño, bien unido y organizado, mientras *partes* denota un grupo mucho más amplio y disperso, características que atribuyen en varios pasajes a los grupos de la plebe<sup>22</sup>. Este carácter tan amplio y la falta de organización parecen indicarnos que Salustio no cree exactamente que exista un partido de los *populares*, hecho en el que se apoyan algunos investigadores modernos para negar su existencia<sup>23</sup>.

Sin embargo ya hemos visto que para Cicerón sí existen los grupos dirigidos por *populares*. Junto a los textos en que se reconoce su existencia con el término *partes*, tenemos el famoso pasaje del *pro Sestio*<sup>24</sup> donde Cicerón reconoce dos clases de ciudadanos interesados por la política y que intervienen en ella: *optimates* y *populares*.

El texto es muy conocido y ha sido ya muy comentado. Creo necesario señalar que la definición de Cicerón no puede considerarse objetiva, ya que es un texto claramente propagandístico y de un hombre de grupo o partido, al menos en el momento en que se pronuncia este discurso.

Cicerón ha escogido dos términos cargados de connotaciones, *optimates*, positivas y *populares*, negativas; la postura de Cicerón frente a este último término ha variado a lo largo de su vida, pero después del exilio es claramente peyorativa, como demuestra la lectura completa de este discurso. Por ello es un texto axiológico, donde las palabras indican más un juicio de valor que una descripción. Este es uno de los rasgos de la escritura política, como certeramente señala R. Barthes<sup>25</sup>.

<sup>20</sup> L.R. TAYLOR, op. cit., p. 11; ofrece la autora citas en n. 40, p. 190.

<sup>21</sup> SALL. *Iug.*, 41, 1; 43, 1.

<sup>22</sup> SALL. *Iug.*, 41, 6: *ceterum nobilitas factione magis pollebat: plebis vis soluta atque dispersa in multitudine minus poterat.*

<sup>23</sup> R. SAEGER. «Cicero and the word popularis» *Classical Quarterly*, 22, 1972, p. 328.

<sup>24</sup> CIC., *Sest.* 96.

<sup>25</sup> R. BARTHES. «Las escrituras políticas», *Grado cero de la escritura*. México, 1973, p. 27.

Creo que, aparte de las valoraciones y connotaciones que encierra cada término, diferenciadas claramente, se pueden deducir del pasaje algunos aspectos que distinguen a ambos grupos. Mientras que con *optimates* Cicerón señala un colectivo, un conjunto unido, *popularis* aparece muy poco en plural y designa generalmente a personas concretas, a los líderes del grupo, más que a los miembros del mismo<sup>26</sup>.

Si aceptamos que *factio* en Salustio designa a las mismas personas y al mismo grupo que Cicerón llama *optimates*, como reconoce y prueba L. Ross Taylor<sup>27</sup>, observamos que, pese a las divergencias terminológicas, hay coincidencia entre ambos autores en señalar que el grupo senatorial funciona muy unido y organizado, fenómeno que no se da entre los llamados *populares* a los que Salustio designa con *partes populares*.

Esta falta de unión no implica que no existan un grupo de estas personas, de los llamados *populares*, ya que Cicerón reconoce la existencia de estos líderes y en otros pasajes afirma la existencia de *partes* junto a los nombres de personajes considerados por él como *populares*. También Salustio habla en alguna ocasión de las *partes populares* o *populi*<sup>28</sup>.

Ni Salustio ni César han utilizado estos nombres<sup>29</sup> y no han aceptado la clasificación ciceroniana, ya que estos términos califican positivamente a sus enemigos políticos y con cierto desprestigio a sus partidarios. Ello nos indica que estos vocablos fueron considerados específicos de un grupo y una determinada postura política.

Creo que es innegable que Cicerón representa una opción política y de partido o grupo, diferente de la de Salustio, y que la diversa utilización de estos términos lo demuestra claramente. Las relaciones entre Cicerón y Salustio, sus afinidades y divergencias, han sido objeto de amplias polémicas y sobre ellas se han manifestado opiniones muy encontradas<sup>30</sup>. Me parece que una vía de solución es admitir un cambio en la actitud ciceroniana, especialmente en los años posteriores al exilio, que es cuando precisamente escribe el discurso *pro Sestio* y las obras políticas más significativas, y es en este momento cuando se alinea claramente al lado de los *optimates*; esta evolución se observa también en otro aspecto importante, como es el juicio que le merecen los hermanos

<sup>26</sup> R. SAEGER. *art. cit.*, p. 328, n. 1.

<sup>27</sup> L.R. TAYLOR. *op. cit.*, p. 12.

<sup>28</sup> SALL. *Iug.*, 41, 1; 43, 1.

<sup>29</sup> Salustio utiliza sólo una vez *optimates*, pero cuando a Cicerón, en la *Invectio in Ciceronem*, 4.

<sup>30</sup> A. DESMOULIEZ. «Cicéron et l'ambition littéraire de Salluste», en *Latomus*, 37, 1978, pp. 25-26.

Graco<sup>31</sup>. Ello no implica que entre ambos políticos y escritores no haya importantes coincidencias sobre algunos problemas del Estado, del gobierno o sobre la concepción histórica.

### Vocabulario del líder político

Íntimamente relacionado con el tema de los grupos políticos, está el del líder o jefe. En latín no disponían de ningún término para designarlo, ya que no existía la figura ni tampoco era necesario. Los romanos prefirieron siempre la dirección colegiada, lo mismo que en las magistraturas, y de esta forma funcionaba el grupo de los *optimates*.

Cicerón, después de fracasar su política de *concordia ordinum*, cree necesario y útil que surja un jefe o líder que dirija a los *optimates* o *boni* y posteriormente al Estado. No tiene ningún término adecuado y utiliza *rector*, *moderator*, *gubernator*, *princeps*, *dux*, etc.

Pronto fueron estos dos términos los que adquirieron mayor desarrollo y los que acabaron imponiéndose, especialmente *princeps*.

No voy a realizar un estudio léxico completo de estos términos ni analizar los pasajes en que aparecen. En primer lugar, porque sus empleos son muy numerosos (sólo en Cicerón hay más de 500 usos de *princeps/cipes*) y no es tarea de este breve artículo, y en segundo lugar porque hay importantes y valiosos trabajos donde se examinan los diversos valores y empleos de estas dos palabras<sup>32</sup>.

Quiero fijarme sólo en las características más generales, en las connotaciones que encierran cada uno de ellos y en las causas que motivaron la elección de *princeps*.

El término *dux* era un término de origen militar y que implicaba una clara dualidad y superioridad entre el jefe y sus subordinados<sup>33</sup>. Estas dos características no lo hacían recomendable, por la clara separación entre la esfera política y militar que existía en Roma, al menos en la teoría y en la mentalidad de sus ciudadanos, y porque no hubiera sido compatible con la igualdad política en la que creían fuertemente los romanos. Por estas

<sup>31</sup> G. HINOJO. «Los juicios de historiadores imperiales sobre los Gracos». *Helmantica*, 34, 1983 (en prensa).

<sup>32</sup> H. DREXLER, art. c.; E. KNIERIM, O.C.; H. WAGENVORST. *Studies in Roman Literature, Culture and Religion*. Leiden, 1956; L. WICKERT, «Princeps», *R.E.*, 22, 2, Col. 1998-2296; A. GWOSDZ, *Der Begriff des römischen Princeps*. Breslau, 1933; H. WOLKMAN. «Princeps», *K.P.*, 4, 1972, 1135-40.

<sup>33</sup> E. KNIERIM. op. cit., p. 15.

dos razones es abandonado prácticamente por Cicerón y sólo lo utiliza para ciudadanos extranjeros o para adversarios políticos, como son los casos de Clodio y de Antonio<sup>34</sup>. Tampoco será elegido por Augusto.

*Princeps*, por el contrario, significa *primus inter pares* y por ello es compatible con la igualdad política y no implica una superioridad marcada sobre los componentes del grupo ni sobre el resto de sus ciudadanos. Su relación etimológica con *primus* lo carga de una serie de connotaciones positivas, de prestigio y de ciudadano destacado. A esto se añade la existencia ya en la lengua latina de *principes* para designar el colectivo de nobles, aristócratas o consulares, y algunas veces a los ciudadanos conservadores o a los *optimates*, como han señalado H. Wagenvoort y G. Gelzer<sup>35</sup>.

Todas estas características y connotaciones positivas son las que deciden a Cicerón a elegir este término para designar al nuevo jefe o líder político que anda buscando, especialmente en su tratado *De República*.

Por estos motivos es el término que escogerá Augusto para designar su posición política y su función en el Estado. Dicho término dará origen a la palabra Principado, que será la designación oficial del nuevo sistema.

En el caso de Augusto, a las razones de Cicerón se sumarán el interés por mantener las formas de la República y causar la sensación de que nada ha cambiado. El que un gran teórico del sistema republicano y partidario de su forma de gobierno, incluso en los momentos más difíciles, usara este término, colabora con los ideales propagandísticos que Augusto pretendía difundir y podía ser una base sólida para la consolidación del nuevo régimen.

## Conclusiones

1) La existencia de grupos políticos en los últimos años de la República parece innegable. Estoy de acuerdo en que no eran partidos en sentido moderno y en que, como en otros aspectos históricos, no es conveniente aplicar esquemas o categorías actuales o modernas a realidades antiguas, como han hecho algunos historiadores, pero tampoco se puede exagerar la postura contraria y negar totalmente la existencia de los grupos<sup>36</sup>. La diversa utilización de los términos por parte de historiadores y políticos

<sup>34</sup> Cic. *Har. rep.*, 57; *Phil.* 14, 27.

<sup>35</sup> H. WAGENVOORT, op. cit., p. 53; M. GELZER, *Kleine Schriften*, Band 1, p. 56.

<sup>36</sup> L. R. TAYLOR, op. cit., p. 12.

de la época ya es un síntoma y un testimonio de la división política y de la diversa adscripción de cada uno de ellos.

2) El vocabulario aparece bastante impreciso y ambiguo, sin ningún término reconocido por todos y usado unánimemente con el mismo valor y para designar partido. Ello es indicio de que nos encontramos ante unas realidades en período de formación, sin una definición y un estatus claros: las palabras describen y son testigos de la realidad. La llegada de la guerra civil, del segundo triunvirato y la aparición del sistema imperial cortaron este proceso, tanto en la realidad histórica como en el léxico.

3) Parece claro, tanto por los testimonios de Cicerón como los de Salustio, que el grupo senatorial o de los *optimates* estaba más unido, más organizado y carecía de líderes; en el grupo de los *populares* hay unos líderes o dirigentes, aunque no se observa un grupo organizado y cohesionado.

4) Se observa también como el léxico de esta época, como otros léxicos políticos de períodos muy diferentes, tiende a la bipolarización y a la dualidad. Me parecen muy acertadas las palabras de R. Barthes: «Ciertas nociones, formalmente idénticas y que el vocabulario neutro no designaría dos veces, están escindidas por el valor, y cada lado se une a una palabra distinta»<sup>37</sup>. También en Roma se tiende a crear dos términos diferentes, cargados de connotaciones y juicios de valor diversos: *Factio/Partes*, *Optimates/Populares*, *Factio/Optimates*, *Dux/Princeps*.

5) La tendencia a cargar las palabras de connotaciones axiológicas, positivas o negativas, tiene que ver con la finalidad última del léxico político, que es atraer, convencer, desprestigiar, hacer propaganda en última instancia. Es evidente por ello, como ya hemos dicho, que sólo en condiciones de libertad, de posibilidad de alcanzar el poder, de confrontación electoral y con la existencia de opciones diversas se puede desarrollar el auténtico léxico político y cumplir su finalidad más importante. Estas condiciones se daban en los últimos años de la República romana, pero con la llegada del régimen imperial se cortaría por muchos siglos el léxico político que se estaba formando durante estos años.

<sup>37</sup> R. BARTHES. op. cit., pp. 30-31.